

Ultimos ataques de Bonafoux a «Clarín»

Son el desenlace y epílogo de una porfiada y sañuda enemistad que empezó en 1887, con la muy conocida acusación de plagios hecha a «Clarín» por Bonafoux¹; en 1900 y 1901, el que se vanaglorió de haber sido, entre los enemigos de «Clarín», «el único que le atacó sin haber sido atacado por él», prosigue en su agresiva e implacable tarea y le da remate desde las columnas de *La Campaña* y *El Heraldo de París*.² Con despiadada animosidad y espantoso encarnizamiento, persigue, aun después de la muerte, al enemigo de siempre, según dice, culminando lo odioso de su empresa en el póstumo ataque o aborrecible necrología del 22-VI-1901, en que lanza su miserable grito de victoria.

(1) Este episodio de la guerrilla de las letras finiseculares ha sido estudiado de manera definitiva por JOSE MARIA MARTINEZ CACIDERO en su artículo "Luis Bonafoux y Quintero. "Aramis", contra "Clarín". (Historia de una enemistad literaria)", en *Revista de Literatura*, Madrid, 1953, pp. 99-112, fascículo 5.

(2) Ambos periódicos, de marcada tendencia anarquista, fueron publicados en París, y tuvieron a Luis Bonafoux por Redactor-Jefe.

LA CAMPAÑA (Redactor-Jefe: Luis Bonafoux. Redacción y administración: 9, Rue Lamartine, París). Se publica todos los sábados. Precios de suscripción al año. Francia y extranjero: 20 francos. Imprimerie Paul Dupont. Tuvo 12 números y se publicó desde principios de 1898 hasta el 5-VIII-1900, con una interrupción entre mayo de 1898 y el 1-VI-1900, en que vuelve a aparecer.

En este periódico se encuentran las firmas de José Martínez Ruiz (véase: E. Inman Fox, "Una bibliografía anotada del periodismo de José Martínez Ruiz ("Azorín"): 1891-1904", en *Revista de Literatura*, Madrid, 1965, pp. 231-244, núms. 55-56) N. Estévez, Rodrigo Soriano, Emilio Bobadilla ("Fray Candil"), R. Mella, Rosario de Arana, etc..

EL HERALDO DE PARIS (Redactor-Jefe: Luis Bonafoux. Redacción y administración: 9, Rue Lamartine, París). Se publica todos los sábados. Precios de

Ya en 1894 había mostrado Bonafoux no haber olvidado su añeja enemistad a «Clarín», al incluir en *Huellas literarias* el folleto *Tiquis-Miquis... Yo y el plagiarío «Clarín»*, con lo cual, decía, «doy otro disgusto a «Clarín».³

Cuando en 1898 comienza a publicarse *La Campaña*, en seguida cuida de dirigir más ataques, ya no al literato ni al crítico, sino al hombre, escarneciendo la difícil condición económica en que se encontraba el periodista y el catedrático.⁴

El pretexto hallado o buscado fue la suscripción abierta, real o ficticiamente, por un tal Don P. G. de Barcelona, «por la familia de «Clarín» y a la que Bonafoux finge adherirse al publicar de manera reiterada el anuncio de la suscripción y al instar con falsa y regocijada conmiseración para que el público contribuya con sus óbolos. En *La Campaña* del 29-IV-1900 leemos estas líneas:

«Suscripción

La que don P. G. (de Barcelona) abrió con verdadero celo por la familia de *Clarín*, hoy en desgracia, no ha sido atendida con toda la solicitud que era de esperar y que vivamente deseamos. Una vez más recordamos a nuestros lectores la mucha

suscripción al año. Francia y extranjero: 20 francos. Imprimerie moderne de la Gare de Bois-Colombes-Association ouvrière ALP de Griesheim. Es la continuación de LA CAMPAÑA, y empezó a publicarse el 20-X-1900. Los principales colaboradores son!: R. Mella, F. Maceñ, R. Sánchez Díaz, R. Burguete, Vicente Medina, Rodrigo Soriano, M. E. Pardo, etc....

En la Biblioteca Nacional de París existen: de LA CAMPAÑA, los números 21-42, y de EL HERALDO, los números 1-69 (V-1904).

(3) Véase p. XI de *Huellas Literarias*, de Luis Bonafoux (París, Garnier Hermanos Libreros-Editores, 1894, XI + 418 págs.), donde, por otra parte, confiesa que tiene que incluir el folleto porque “faltan algunas páginas que llenar”, y añade: “¡Qué hacer, D. Nicolás! No se puede repicar campanas y andar en procesiones, y lo peor es que exige el milagro esta vida dura”, pues a él también se le plantean problemas económicos que tiene que resolver con el “ganbanllo”.

(4) LA CAMPAÑA núm. 28 (18-XI): *Pêle-mêle*.

necesidad en que se halla aquel infeliz periodista, cuyas son estas palabras:

«Nadie más que yo necesita el jornal periodístico para mantener a la prole».

«Cada día me exige más trabajo literario la *marea del mercado*, que sube, sube... *Lo caro que se pone todo*, como dice el ministro de Hacienda de casa; y cada día mis lecturas, mis reflexiones, mis primeras canas, me hablan con voz furiosa de la necesidad de humillarse, de reconocerse *poca cosa*; sí, cada día lo que aprendo me hace tener en menos lo que produzco; y ya no se escribe por vanagloria, se escribe por lo mismo porque Espinosa pulía vidrios... Pero sobre todo ¡el cansancio!»

Por caridad, nobles caballeros, una limosnita para la familia de *Clarín*! Imitad el ejemplo de Soledad Gustavo, que ha contribuído con su óbolo. He aquí el total de las cantidades recaudadas hasta la fecha:

Suscripción para la familia de «Clarín»:

	Pesetas
Don P. G. (de Barcelona)	3
<i>La Campaña</i>	1
Soledad Gustavo	0,50
	<hr/>
Total:	4,50

Nota: Hacemos igual llamamiento a nuestros hermanos de Ultramar: ¡Por caridad, nobles caballeros!...»

Pocos meses después,⁵ se repite, en *El Heraldo de París* ya, el anuncio y la harto pesada burla; pero con las variantes de una páfida y malévola alusión al gusto excesivo de «Clarín» por el juego y la añadidura de irrisorias cantidades a la suscripción, para mayor escarnio, claro está:

(5) EL HERALDO DE PARIS núm. 5: 18-XI-1900.

«Suscripción

La que Don P. G. (de Barcelona) abrió con verdadero celo por la familia de *Clarín*, no ha sido atendida con toda la solitud que era de esperar y que vivamente deseamos, tanto más cuanto que, apremiado por las necesidades de su casa, *Clarín* viene dedicándose al juego para salir de compromisos y deudas. Una vez más recordamos a nuestros piadosos lectores la mucha necesidad en que se halla aquel infeliz periodista, cuyas son estas palabras publicadas en *El Pueblo*:

«Nadie más que yo... etc.»

Por caridad, nobles caballeros, una limosnita para la familia de *Clarín*! Imitad el ejemplo de nuestro compañero Leopoldo Bonafulla que nos ha enviado un óbolo.

He aquí el total de las cantidades recaudadas hasta la fecha:

Suscripción para la familia de «Clarín»:

	Pesetas
Don P. G. (de Barcelona)	3
<i>La Campaña</i>	1
Soledad Gustavo	0,50
Leopoldo Bonafulla	0,25
<i>Heraldo de París</i>	1
Total:	5,75

Nota: Hacemos igual llamamiento a nuestros hermanos de Ultramar: ¡Por caridad, nobles caballeros!...»

De entonces en adelante se dará por concluida la suscripción, pero no cesan los ataques, aún más violentos.

Pues en *El Heraldo* del 1-VI-1901,⁶ Bonafoux publica «nada

(6) EL HERALDO DE PARIS núm. 32. p. 2.

más que por complacer a mi amigo Maceín», dice, otro ataque en el que el amigo de Bonafoux se vale de un recorte de *El Pandemonium* para seguir en la cínica empresa de zaherir al que llama «mercader de lo más inmundo que pudo caer en el periodismo», procurando darle la puntilla, en una lid ya sin peligro para él, pues «Clarín», desgraciadamente, ya no estaba para polémicas.

Transcribimos, a continuación, el texto del artículo de Maceín:

CHANTAGE LITERARIO

Corto de *El Pandemonium*:

«La «crítica» de Madrid es hoy nada más que un reclamo impertinente ó alfilerazos clarinescos de pésimo gusto detrás de los cuales se esconde el «chantage».

«Un semanario de grandes y nobles vuelos fue agredido por uno de estos criticastros desde el *Heraldo de Madrid* porque no llenaba sus columnas con «firmas reconocidas». Pocos días después recibió el director del semanario una carta del mismo crítico de campanillas preguntándole si podía enviarle artículos y a cómo los pagaría.

«Sobran comentarios...»

Desearía que «El Pandemonium» me contestase a las siguientes preguntas:

El criticastro a quien se refiere ¿es *Clarín*?

El periódico agredido, ¿*El Mundo Latino*?

Porque si es así, bueno será que todo el mundo sepa que el crítico a quien muchos memos creyeron una eminencia, es simplemente un mercader de lo más inmundo que pudo caer en el periodismo, cuya cabeza no tiene más que pelo y cuya conciencia se cubrió hace muchos años de caca.

F. MACEIN.

No contento con tanta violencia verbal, Bonafoux añadió al artículo de Maceín un comentario de la misma índole y de

malvada intención, en el que otra vez hay alusiones a la vida íntima de «Clarín» y a su presunta costumbre de los plagios; decía la larga apostilla:

«Nada más que por complacer a mi amigo Maceín, he publicado las líneas que dedica a *Clarín*, quien ni como político ni como hombre merece la menor atención.

Cuanto a escritor *raté*, convertido en adulator de todos los Segismundos, para poder tirar de la oreja a Jorge, es un verdadero pujo de vanidad e impotencia.

Después de haber cantado la palinodia en *El Pueblo*, declarando que está vacío y que se repite, ha tenido el desahogo de decir en el *Heraldo de Madrid*, fecha 26 de Mayo.

«Ya sé que el HERALDO es muy tolerante y me deja decir muchas cosas *mías*, con que él no está conforme.

Pero esto que voy a decir... no sé si pasará.

En fin, probemos.

Si no pasa... que lo supriman. Y yo no me ofendo:

Para mí (no para el HERALDO)... la *República templa-*

da... es una Princesa de Asturias.

¿Pasó?»

Esta «boutade» es sencillamente un plagio de una «boutade» de una crónica mía, publicada en dicho periódico; con la esencial diferencia de que mi «boutade» venía a cuento, en tanto que la de *Clarín* hace ahí el efecto de una pistola en manos de un Santo Cristo.

El año pasado, cuando el gobierno del general Azcárraga ejerció una censura feroz, queriendo yo darle un poco de «coba» al general publiqué en crónica un telegrama «a ver si pasa» decía yo. Y el telegrama pasó. El *bussilis* de la «boutade» estaba en que el telegrama, relativo al reinado de Milán, que acababa de morir, era una pintura de la situación de España. Por cierto que Llanes, comentándolo, decía: «pasó porque no lo han entendido».

Lo que no puede pasar es

que *Clarín* dé por suyas las cosas ajenas. El haberme plagiado en 1885 el ombligo que saqué yo, con otra «boutade» en 1883 (véase *Yo y el plagiario Clarín*), y el haber-

me calcado otras cosas, no le autoriza a seguir robando.

Aunque le obliguen a ello «las exigencias del ministro de Hacienda de su casa», como ha dicho él.»

Una semana después moría «Clarín». Pero ni la muerte le pudo sustraer al encono del iconoclasta Bonafoux que después de haber sido enemigo de «Clarín», quiere serlo de su memoria», al publicar el 22-VI-1901⁷ la tristemente famosa necrología, síntesis de orgullo y odio, cuyo texto va a continuación:

París-Madrid

—
EXPLOSION DE UN
TRADUCTOR
—

No voy a «profanar», como vulgarmente se dice, un cadáver; entre otras razones, porque el de Clarín no debe oler a azamboas, como el de Santa Teresa... No voy, pues a juzgar ahora a Clarín. ¡Que le juzgue, de muerto, su Dios! De vivo le juzgué, hace mucho años, en el folle-

to *Yo y el plagiario Clarín*, que él mismo hizo bueno. Allí están su vida, su decadencia, su postrimería. Leído a través de tanto tiempo, no resulta libelo, como se dijo cuando se publicó. Resulta profecía...

Entre sus enemigos fui el único que le atacó sin haber sido atacado por él; y en cien artículos de la Prensa española consignado está que de todas las polémicas de Clarín, la que tuvo conmigo,

(7) EL HERALDO DE PARIS núm. 33, pp. 1-2. Bonafoux, por lo visto, estaba muy satisfecho de este artículo, ya que lo incluyó en *Bilis* (París. Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas P. Ollendorff, pp. 265-270), a no ser que fuese impelido por las mismas necesidades económicas que censura tan severamente en «Clarín».

cuando nadie había osado atacarle, fue la más ruda y también la que más le afectó... Esperaba yo apertrechado de documentos humanos, la segunda parte de esta polémica. «No hay caso —me dijeron Blasco Ibáñez y Rodrigo Soriano, cuando pasaron por París— Clarín no se atreve a meterse de frente con Vd. Si se metc alguna vez es de costado».

Siempre fui enemigo de Clarín, como siempre fue Clarín enemigo mío. No me remuerde la conciencia de haberle dispensado el menor elogio, aunque solía él elogiarme en privado, como lo atestiguan cartas de Martínez Ruiz. Pero es falso que yo le odiase. Es cierto, en cambio, que sus cacareadas grandezas y su insoportable pedantismo me inspiraban el más profundo desprecio.

Metido a sepulturero honorario, Eusebio Blasco, ensalzador de todo el que se muere, con la esperanza de que la crítica le perdone a él sus muchos pecados cuando le llegue el próximo turno de estirar la pata, y capaz, por los cinco duros de un artículo de escribir su propia necrológica con la noticia

de que sus amigos Loubet, Eduardo VII y Nicolás II se arrancan los pelos de dolor por su fallecimiento; elogiando a Clarín porque él, Blasco, «es cristiano», ha dicho que *todos* los enemigos de Clarín acabaron por ser amigos de él. No sé si el cristiano Blasco escribió eso en los horrores de la digestión de alguna de las succulentas comidas que se hace servir, como cristiano y para que las pague Jesucristo, del Casino de Madrid. Si sé que en todo hay excepciones y que Blasco hace a todo el mundo el disparatado honor de confundirlo con él...

Fui enemigo de Clarín mientras vivió. Soy enemigo de Clarín después de muerto. González Serrano, tal vez ganoso de imposibles conciliaciones, dijo, en reciente tomo de semblanzas, que yo, «a pesar de mis pasiones africanas», contribuí a un banquete que el *Progreso* de Alejandro Lerroux dio en honor de Clarín.

Fue una broma mía, quizá de mal género. Prueba de que fue broma a lo Karl con Quesnay de Beaurepaire, es que al día siguiente del banquete publiqué en el *Pro-*

greso, entre otras cosas que no quiero recordar, porque ahora se las tacharía de crueles, que yo no había tenido inconveniente, como redactor del *Progreso*, en contribuir con unas pesetas al banquete, pero que seguía pensando del anfitrión lo que pensaba antes. Y Lerroux me escribió con fecha 21 de noviembre del 1897:

«Momentos antes de reunirnos anoche para ir al restaurant donde comimos con Clarín, se recibió la deliciosa Crónica de Vd., que leí —como hago siempre— a los compañeros».

«El banquete *resultó* muy agradable por todos conceptos. Tomamos y cumplimos las indicaciones de Vd. tan al pie de la letra, que a la izquierda de Alas quedó el hueco —silla, plato y copa— que a Vd. le correspondía».

«Tuvimos, con esto, un buen rato intrigado a Clarín, que quedó muy sorprendido cuando supo que su espíritu de Vd., ya que no su *periespíritu*, asistía al banquete y no pareció desagradarle la cosa. Dijo que hacía mucho tiempo que él había olvidado todo agravio con Vd.»

«No publiqué ayer la crónica (es decir, hoy) porque me pareció que no haría buen juego por un lado la reseña del banquete y por otro el latigazo que Vd. le propina a Clarín.»

Se equivoca nuestro ilustrado colega el *Mundo Latino* al suponer que Clarín y yo nos reconciamos literalmente en aquel acto, según dice la citada revista en el siguiente párrafo de su necrología de Clarín:

«Los que esto escribimos tuvimos el honor de sentarnos al lado del maestro en una memorable ocasión en que la redacción de un periódico radical, *El Progreso*, daba un banquete en honor de *Clarín*.

Bonafoux, nuestro compañero entonces como corresponsal de París, se adhirió por telégrafo, rogando que se le colocara un cubierto en la mesa y se le descontaran los tres duros.

Cuando se leyó el telegrama, *Clarín* se afectó, demostrando una alegría tan infantil, que sirvió él mismo la copa destinada a Bonafoux, en cuyo honor pronunció después un caluroso brindis.

Desde aquel día quedaron reconciliados literalmente los dos temperamentos más opuestos y mordaces de la crítica española.»

No, yo no me he reconciliado nunca con los enemigos. ¡Ni siquiera conmigo mismo!...

Fui enemigo de Clarín, y lo soy de su memoria porque, como ha dicho Eusebio Blasco, «Clarín fue un tirano», y yo odio de muerte todas las tiranías, aunque no se ejerzan contra mí, como no se ejerció la de Clarín.

Cánovas en política y Clarín en literatura eran dos almas gemelas, la conjunción de dos vanidades monstruosas, dos tiranos de un mismo cuadro de la historia española contemporánea: uno en Montjuich; otro en Oviedo. Me alegré cuando mataron a Cánovas. Si Clarín no hubiera dejado mujer e hijos —por cuya familia haría yo cuanto pudiera— me alegraría en absoluto de su muerte. Y España debió alegrarse del homicidio de Cánovas y debe alegrarse del fallecimiento de Clarín, porque el dómine Cánovas en política y el dómine Clarín en literatura simboli-

zaban una regresión histórica.

Investigando las causas de la postración de España encontramos el olé y la guitarra de Romero, la férula de Cánovas, que fue una guitarra política, y la palmeta de Clarín, que fue una guitarra literaria. Cánovas tenía un Clarín en el cuerpo; Clarín tenía un Cánovas en el cuerpo; y ambos, con el olé y la guitarra, fueron los tristes jaleadores de la patria.

A pesar de todos sus desaciertos políticos, Cánovas, aguantado por el pueblo, que debió arrastrarle de la cola del duque de Sexto, siguió dando palos de bizco hasta que un extranjero heroico le hizo papilla los malévolos sesos. A pesar de todas sus derrotas literarias, Clarín, aguantado por la Prensa, que debió echarle a su cátedra, siguió dando palmetazos de dómine hasta que la vanidad, saliéndose de madre, se le subió a la garganta y le produjo una disnea.

Todo Cavite y todo Santiago, todos los pateados por Cánovas, todos los vencidos por los yanquis, a quienes se ha elogiado «¡porque convi-

daban!», echaron a vuelo los más vulgares ditirambos en honor del *estadista*. Y esa misma ralea de degenerados y degradados y envilecidos y cobardes, ralea de ilotas, idiotas y lacayos, pisoteada por Clarín, toca el bombo en honor del *literato*. Todavía les temen. Como el malvado doctor Francia después de muerto y putrefacto nadie se atreve a enterrarles, y mentidamente les lloran, como las *lloronas* que aún se alquilan en algunos pueblos...

Fui yo el primero —no digo el único, porque tuve el honor de que me acompañase más tarde don Francisco Pí—, en celebrar, y en el *Heraldo de Madrid*, la muerte de Cánovas. Quiero ser también el primero en celebrar la muerte de Clarín.

El tiempo ha venido a probar que ninguno de los que adularon el cadáver de Cánovas creía en los ditirambos que prodigó al *estadista*. El tiempo vendrá a probar que ninguno de los que ahora adulan el cadáver de Clarín —acaso temiendo que todavía se levante del sepulcro a dar la lata de un Palique—, ninguno de los que exclaman con resignación de cunuco:

una sola palabra de lo que dice en honor de un escritor mediocre y egoísta, que no tenía nada de Quijote y lo tenía todo de Sancho *Panza*; que jamás defendió ninguna causa justa, ningún infortunio, ninguna víctima, y que ha muerto como reaccionario y místico y monárquico «con princesa de Asturias», atacando lo único noble y generoso, porque hasta ahora es sueño, que existe: el anarquismo.

Ha muerto peor, en todos sentidos, que Cánovas, a quien se creía superior Clarín; y la prueba de que Cánovas valía inmensamente más que Clarín, que no pasó de ser en las letras la caricatura de él en política, es que Cánovas murió herido en la cabeza por el brazo vengador de un Angiolillo, y Clarín ha muerto herido en el intestino por la explosión de un tubérculo gramático «acelerando su fin, dice un telegrama del *Heraldo de Madrid*, por exceso de trabajo que se impuso para hacer la traducción de la obra *Travail*», que de viejo, y de regreso del *J'Accuse*, con todos los horrores de la campaña Dreyfus, concibió y escribió Zola,

«me pegó, soy una de sus víctimas, pero reconozco que era un genio», ninguno, ab-

solutamente ninguno cree después de *Fecondité*, sin hacer explosión por el trasero.

Luis BONAFoux

Que Bonafoux traspasa los límites de lo decoroso para dar en lo francamente odioso es evidente. Pero más allá del ataque personal y de las bravatas verbales, este «sermón de honras», fría y deliberadamente provocado, contiene una terrible requisitoria contra una concepción ilustrada y despótica de la crítica que simboliza «Clarín», esto es, contra una ética regeneradora de la decadencia de España, la cual es rechazada y combatida, con evidente y trágico nihilismo, hasta la muerte del «tirano» y aún después, por el Malatesta de las letras, Luis Bonafoux.

J. F. BOTREL.